



El Triunfo  
de Kelly

William Haines  
Sally O'Neil





## La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos  
de películas de

Núm. 20 METRO-GOLDWYN-MAYER 25  
:: y FIRST NATIONAL :: Cents.

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

## El triunfo de Kelly

Interesante comedia deportiva, interpretada por  
SALLY O'NEIL, WILLIAM HAINES y HARRY  
CAREY (CAYENA)

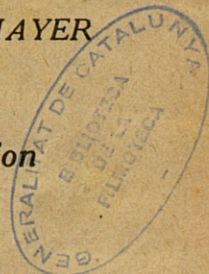
Producción METRO-GOLDWYN-MAYER

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona





Prohibida la reproducción.

Revisado  
por la censura gubernativa.



## El triunfo de Kelly

*Argumento de la película*



Hace algunos años, en Norteamérica, nadie era aficionado al juego de base-ball. Hoy los estadios se ven invadidos de una multitud ansiosa de presenciar los partidos.

Los jugadores del club "Nueva York" que cultivaban tan interesante deporte, se entrenaban en un campo de La Florida.

Debían desentumecerse para las próximas e importantes luchas del campeonato.

El entrenador del equipo era un tal Marco Macklin, un sujeto que no entendía de bromas.

Destacaba entre los jugadores, el viejo Munson,



hombre ya cincuentón, que había sido "catcher" del equipo durante doce años.

Hansen, El Suizo, era otro de los equipiers, un muchacho que tenía los miembros entumecidos y el cerebro espeso.

Acababa de ingresar en el club, Jim Kelly, muchacho audaz y listo, pero que tenía una vanidad sin límites.

Jugaba bien, nadie podía negarle este mérito, pero era todavía más orgulloso que buen jugador. Se creía indiscutible, pensando que sin él la victoria brillaría por su ausencia.

En el tren que le conducía a la Florida para reunirse con sus compañeros, comenzó a hablar ante los viajeros de sus éxitos indiscutibles.

—¡Oh, soy verdaderamente célebre! — decía, riendo—. Cuando me hicieron proposiciones para formar parte del club de Nueva York contesté: "Ni pensarlo". Y entonces todos se echaron a llorar... Suerte que luego accedí a quedarme.

—¿Tira usted bien la pelota? — preguntó un viajero "ignorante".

—Yo puedo tirar dos pelotas al mismo tiempo y hacer que vayan juntas por el aire — respondió con desdén.

Algunos viajeros se echaron a reír y Kelly para corresponder a su alegría, les obsequió con sendos cigarros habanos. ¡Así era él!

Una mujer muy guapa y muy tentadora que estaba en otro asiento, comenzó a sonreír a nuestro héroe.

Kelly puso los ojos en blanco.

—Un momento, señores — dijo, levantándose del grupo—. Eva en persona me está tentando.

Se dirigió prestamente hacia el lugar donde se encontraba la hermosa y sentándose a su lado empezó a trabar interesante conversación.

Hablaron mucho. Llegó la hora de ir al vagón del restorán, y él pagó, generosamente, la comida.

La desconocida se reía, y le miraba... ¡Buen tanto había caído bajo sus uñas de felina!

Unas horas después, el tren llegaba a Delano, punto donde tenían el campo de entrenamiento los de Nueva York.

Kelly, al llegar a su destino, se despidió de la viajera novelesca, la dulce compañera descrita por los románticos.

Descendió del tren y saludó con el pañuelo a la ilusión que se alejaba.

De pronto, al ponerse la mano en el bolsillo, se dio cuenta de algo desagradable. ¡Le habían robado! ¡Tampoco llevaba el reloj! ¡Maldita sea!

Recordó un estrecho abrazo de aquella mujer, como si una mano fina se deslizara por sus bolsillos. ¡Ah, el estúpido! La desconocida del tren, la romántica, no era más que una vulgar ladrona.

Malhumorado, asqueado de todo, se dispuso a dirigirse al campo de entrenamiento.

En la casita de correos, cerca de la estación, el encargado entregaba una carta a una muchacha.

La joven se llamaba María y era su padre el jugador Munson, el viejo "catcher" del "Nueva York".



María salió de la cartería, dirigiéndose hacia un *auto* que estaba parado en la calle.

Con actitud perezosa se acercó al coche y miró sonriente, la rueda deshinchada del neumático.

En aquel instante acertó a pasar por allí, Jim Kelly.

Jim, dispuesto siempre a emprender una conquista, a pesar del mal resultado de la anterior, sonrió a María, y viendo la avería del coche, dijo:

—Yo mismo se lo arreglaré... Entiendo mucho de estas cosas... Y no está bien que una chica tan guapa como usted, lo haga.

Ella le miraba, sorprendida.

Kelly puso manos a la obra, inyectó aire en el neumático y logró ponerlo en disposición de correr muchos kilómetros.

—Eh, ¿qué tal?

—Lo siento — contestó María, riendo—. Usted se equivocó. Este no es mi coche, sino aquél...

Y señaló a otro *auto* que estaba justamente situado al lado y que era idéntico al que había llamado la atención de Kelly.

—¡Qué lástima! — dijo Kelly, enrojecido por la "plancha". — ¡Son tan iguales! Deberían distinguirlas con cintas de colores...

—Gracias, de todos modos, por la atención...

—¿Qué no iba yo a hacer por usted? ¡Es usted lo más bonito que he visto en mi vida!

Riando, María subió a su coche, y Ketty, con aquella audacia que tan males resultados le daba, acomodóse sin pedir permiso, a su lado, y le dijo:

—Podríamos dar una vuelta. El día está lindísimo y su compañía es tan adorable...

Maravillada de la tranquilidad del joven, María dejó caer al suelo su pañuelo.



—Podríamos dar una vuelta. El día está lindísimo...

—Ay, ¿me hace usted el favor de recoger mi pañuelo?

—No digo el pañuelo; por usted soy capaz de levantar la tienda de un circo.

Descendió del coche y María aprovechó la oportu-



tunidad para huir a toda marcha, dejando a Kelly, asombrado y en ridículo.

¡Ah, diablo! ¿Es que no iba a hacerle caso ninguna mujer?

María llegó a su casa y entregó la carta a su padre. Era de Nueva York, de un amigo suyo que se interesaba por él.

—¿Qué te pasa, papáito? — le preguntó su hija, viendo su gesto melancólico.

—Estas malditas piernas, querida, que ya no me quieren servir... Me preguntan por mi salud, me dicen que me cuide mucho... como si ya fuera un viejo.

—¿De dónde sacas esto? ¡Tú estás fuerte!

—¡Ya no! Pero si yo pudiera jugar siquiera esta temporada, al concluir tendríamos dinero para establecer un negocio por nuestra cuenta.

—Todos los años te quejas de las piernas, pero nunca dejas de ser el mejor "catcher" del mundo.

Y con sus caricias logró quitarle el pesimismo.

Kelly, entetanto, había ido a la pensión donde se hospedaban sus otros compañeros.

Todos dieron la bienvenida al nuevo jugador y él obsequió a algunos que parecían querer tomarle el pelo, con cigarros habanos.

Pero los cigarros estaban cargados de una materia explosiva y Kelly se rió de lo lindo al ver los sustos que tenían sus compañeros.

Kelly pensaba que iba a ser el mejor jugador del club. Hasta entonces había jugado en otros clubs de menor importancia y su fama era extraordinaria.

El Suizo simpatizó repentinamente con Kelly... Y se hicieron, desde el primer momento, buenos amigos.

Macklin, el entrenador, estaba contento con la



—Estas malditas piernas, querida, que ya no me quieren servir...

adquisición de aquel muchacho. El era un buen jugador al que no había, sin embargo, que mimar.

Se dirigieron todos al campo de entrenamiento, donde Kelly conoció al viejo Munson.



Jugaron todos un partido de base-ball y Kelly falló pocas pelotas.

—Bien, muy bien — dijo el entrenador—. Te falta un poco de atención y de cuidado, pero con el tiempo, tú serás un buen jugador de "base-ball".

—¡Naturalmente! — respondió Kelly, orgulloso.

Los compañeros acogieron favorablemente su juego.

—Este Kelly es bueno, tiene cabeza y un brazo excelente...

—Lo único que pasa — dijo Munson—, es que parece un poco engreído, como si se considerara superior.

—No le preocupe. Aquí todos somos iguales — explicó Macklin.

El entrenamiento se efectuó diariamente.

Una mañana, en el campo, Kelly habló con María y se enteró de que ella era hija del "catcher" Munson.

La joven, al saber que el muchacho del automóvil era un "pitcher" del equipo, ya no pensó en burlarse más de él... Iba a tenerle en gran estima.

El entrenador, reuniendo a todos los jugadores, dijo:

—Muchachos, vamos a dar tres vueltas al campo para desentumecer nuestras piernas.

Comenzó la marcha atlética, pero Kelly siguió hablando, apoyado en una barandilla, con María.

—Yo no hago ese viaje — dijo, riendo—. No necesito entrenamientos.

Y como Macklin se llegara a él y quisiera que se reuniese con sus camaradas, Kelly se negó.

—Nadie me gana en agilidad. Sería una tontería ejercitarme.

—Pues ahora dará usted seis vueltas al campo en vez de tres.

—¡Si usted lo manda...! — dijo, al ver el aspecto de energía del entrenador—. ¿Quiere cambiármelas por tres a toda velocidad?

—Pues ahora diez...

—Déjelas en ocho...

—¡Diez... y en seguida!

Disgustado, Kelly se resignó y comenzó a dar vueltas por el campo.

—¡Este chico es imposible! — comentó el entrenador.

—Pero muy simpático...

—Para usted, tal vez; a mí empieza a cargarme su orgullo.

Se alejó de ella, mientras María seguía sin quitar los ojos de Kelly que corría como un gamo.



Kelly tenía una fuerte dosis de audacia.

Así, aquella noche, en una fiestecita que daban en las salas del club, estuvo hablando largamente



con María, explicándole apasionadamente todo el cariño que sentía por ella y, de pronto, le estampó una serie de besos que no tenían fin.

María intentaba, inútilmente, defenderse contra aquel aluvión de caricias, pero Kelly seguía besando, infatigable...

Estaban solos en el jardín. ¡Ya podía protestar ella!

Pero acertó a pasar el severo entrenador del equipo, Marco Macklin, y furioso, separó rudamente a Kelly de la muchacha.

—¿Qué es eso? — preguntó, indignado.

—Un placer como otro cualquiera... — dijo Kelly.

—¡Desvergonzado, salga usted de aquí!

María bajó los ojos. ¡Qué vergüenza! ¡Y lo bueno era que hubiese querido la continuación!

Kelly, tarareando una canción, dió unos pasos para marcharse pero, luego, retrocedió y dirigiéndose a María, con frescura verdaderamente polar, le dijo:

—¿Me da el besito de despedida?

—Le he dicho a usted que no moleste más a la señorita... Mientras pertenezca usted a este club, tiene que portarse como un hombre, ¿entiende?

—Entendido, director — contestó él, burlonamente.

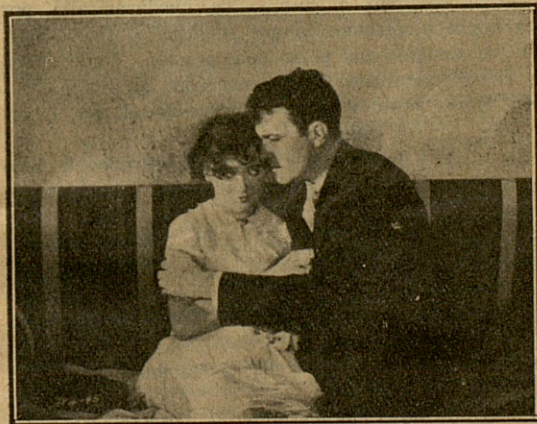
—Pues que le sirva de gobierno...

—Buenas noches. Y bésela usted ahora por mí, director.

Y huyó veloz, temiendo un soberbio bofetón del ofendido.

Kelly, al dirigirse a su casa, encontró, tumbado en el arroyo, a un pobre muchachito.

Movido a repentina compasión, porque a pesar de sus tonterías, Kelly tenía un alma de Dios, se acercó a él y le dijo:



*...estuvo hablando largamente con María...*

—Es muy tarde para que un chicuelo como tú esté fuera de casa. ¿Dónde vives?

—En ninguna parte...

—¿Dónde está tu madre?

—Yo no tengo madre... ni nadie — respondió el chicuelo, llorando.



—Pero lo que sí debes tener es hambre, ¿verdad?

—No he cenado, señor...

El muchachito temblaba de frío y de debilidad... Kelly, que tenía sus momentos generosos, le dijo:

—Ven conmigo a casa... Te quedarás allá por esta noche y veremos lo que se hace contigo...

Y se dirigió con él a una pensión, donde tenía un cuarto alquilado juntamente con El Suizo.

El Suizo puso el grito en el cielo al ver llegar a Kelly con el niño.

Pero Kelly explicó que había encontrado el chico en el arroyo y éste dió también amplias noticias sobre su vida.

A nadie tenía en el mundo, pero era un gran admirador de los jugadores de base-ball.

Se llamaba Fichín y muchos días había entrado a escondidas en el campo a ver cómo se entrenaba el equipo.

Conocía de vista a Kelly y también al Suizo. ¡Jugaban tan bien!

Estos piropos conmovieron a los dos hombres, acordando que en lo sucesivo aquel huérfano viviría con ellos.

Lágrimas de gratitud se escaparon de los ojos de Fichín. ¡Qué nobles corazones!

Pero comenzó la discusión sobre quién debía ceder aquella noche la cama a Fichín, antes de que encontrasen otro cuarto para él.

—Voy a darle tu cama al chico — dijo Kelly—, para que se convenza de que a pesar de gruñón, eres hombre de buenos sentimientos.

—¿Yo gruñón?

—No... si te parece... como cree todo el mundo que te comes los niños crudos.

—¡No me exaltes, no me exaltes! Tú has encontrado al niño; debes cederle la cama.

—¡Tiremos a cara o cruz a ver a quién le cede la cama! ¡Yo pido cruz!

—¡A ver!

Echaron una moneda al aire, ¡y salió cara!

—¡Nada — dijo, riendo, Kelly—, debes cederle el lecho!

El Suizo se levantó disgustado y cogió la moneda.

—¡Hola — dijo, furioso—, esta moneda tiene cara por los dos lados!

—Naturalmente, ¿crees tú que iba a tener otra cosa?

Fué inútil la protesta. El Suizo tuvo que pasar la noche en un sofá, mientras el niño ocupaba su lecho y Kelly, en el suyo, se alegraba de la indignación de su compañero.

\*\*\*

Pasó el tiempo. Comenzaron las luchas del campeonato. ¡Y cada lucha era una victoria!

Una mañana, Kelly leía, satisfechísimo, esta noticia en un periódico:



*Gracias a la maravillosa manera como lanza la pelota Jim Kelly, el equipo de Nueva York ha obtenido triunfos tan señalados que apenas transcurrida media temporada, ocupa uno de los primeros puestos entre los demás equipos. Hoy en el Stadium de Cleveland hizo un juego fenomenal.*

Y así un día y otro y el triunfo era siempre seguro...

Un día, en otro partido de campeonato, Kelly por hacer demasiadas filigranas, por tener excesiva confianza, estuvo a punto de perder.

El entrenador se desesperaba viendo la tranquilidad de Kelly cuando llevaban ya dos tantos en contra.

Espoleado en su amor propio, el entrenador le gritaba:

—¡Déjese de hacer tonterías! ¡Entre en juego!

Por fin, Kelly reaccionó de su "pose" y jugó magistralmente. La victoria les sonrió al fin.

En el vestuario, algunos jugadores comentaron con Macklin, el entrenador, la difícil victoria lograda.

—No hay en el mundo un jugador como él — dijo uno de ellos.

—Esto es lo que le estropea, que le dicen que juega bien y se confía demasiado en sus méritos.

Llegó Kelly y el entrenador le recriminó duramente sus errores que habían hecho vacilar la victoria.

—¿Por qué no se tiró al suelo? ¿Es que se cree un dios? La victoria se le ha escapado dos veces de las manos...

—Pero gané el partido, ¿no es eso? — respondió con flema.

—Nadie puede ganar solo un partido. Usted ha tenido ocho compañeros que le han ayudado de manera decisiva.

—¡Bah! — dijo Kelly, con el desdén del que se considera único.

—Ellos ayudaron el juego de usted — siguió diciendo el entrenador — y usted sólo se preocupó de sí mismo. De ahora en adelante juegue como debe y prescinda de la galería.

—A usted se le va a cansar la lengua de tanto censurarme.

Luego Kelly se dirigió a mudarse de ropa tarareando una canción.

Fichín había sido adoptado por Kelly y El Suizo. Era una especie de "botones" del club y prestaba útiles servicios a todos los jugadores.

Aquella noche seis de los jugadores fueron a casa de Papá Munson. Cinco de ellos a comer.

El que no comía, pero prefería preparar la comida en la cocina, era Jim Kelly, ¡y es que en la cocina estaba su dulce enamorada!

María le había perdonado ya los besitos de aquel célebre día... y ahora casi deseaba su repetición.

Kelly, que era una nulidad en cuanto a cocinero, dejó caer una hilera de platos que se quebraron muchos años.

Ella quiso protestar, pero Kelly, dándole un beso la dijo:

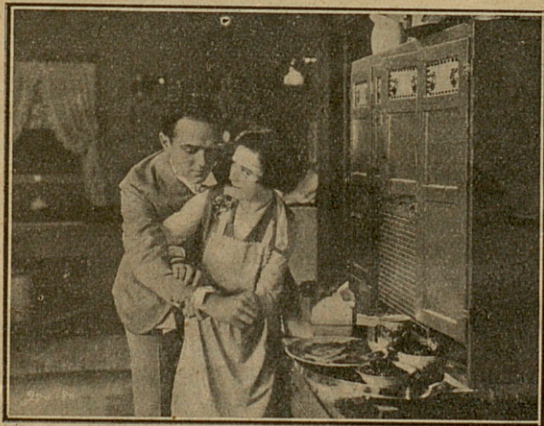
—¡María, mi encanto, yo te amo!

—¡Kelly!



—Dime la verdad, María, ¿no me quieres un poquito?

—Sí, Jim, te quiero... más de un poquito...



—Dime la verdad, María, ¿no me quieres un poquito?

Y le besó también.

Deshicieron el beso al llegar uno de los jugadores.

—Pero, ¿no viene esa comida? ¿Qué pasa?

—Ahora mismo... es que se quemaba algo, ¿sabe?

Comenzaron a servir la mesa y cuando se hallaban a la mitad, llegó a la casa El Suizo con Fichín.

Fichín iba de hombrecito, con sombrero hongo y larga americana... Su facha no podía ser más ridícula.

—Fijense qué bien he vestido a Fichín — dijo, orgullosamente—. Se parece a Napoleón, sólo un poco más pequeño.

Todos se echaron a reír al ver lo grotesco de aquel traje.

Ketty, le dijo, riendo a carcajadas:

—Este traje está ridículo. ¿Por qué te lo dejaste poner, Fichín? Debiste haberlo escogido tú mismo, ya que El Suizo tiene tan mal gusto...

Fichín se echó a llorar y respondió:

—Ya te dije que no quería vestir como él.

—Lo raro es que no le hubieras comprado una sombrilla...

El Suizo, disgustado por las burlas, se sentó en un rincón con un enfado de niño grande.

Kelly, viendo el disgusto del pobre muchacho, dijo a Fichín:

—Al fin y al cabo, El Suizo tuvo buena intención. Fichín, ve a decirle que lo sientes mucho.

—Suizo, lo siento mucho — dijo el niño, sollozando.

Y volvió a reinar la alegría y todos comieron en santa paz...

Unos días después, el equipo de Nueva York se desplazó para jugar un importante partido.

En el tren, durante el viaje, Kelly no pudo repri-



mir su inmensa vanidad y dirigiéndose a un grupo de *reporters* que viajaban en uno de los vagones, les dijo:

—Bueno, señores periodistas. La historia de mi vida es como un juego de hadas. Le debo mi éxito a mi madre y a mi natural habilidad para evitar que los jugadores le peguen con el bate a la pelota que yo les tiro.

El entrenador intervino poniendo las cosas en su punto.

—Kelly es un gran "pitcher"... pero no es sólo su juego, sino el de todos el que gana los partidos.

—Esto es una opinión suya particular — protestó Kelly.

—Es la verdad, pura y sencilla.

Kelly se alejó con la cabeza arrogante, pensando que a él nadie le humillaba.

Disgustado, el entrenador continuó diciendo a los periodistas:

—Se ha vuelto insoportable, le ha quitado el entusiasmo a los muchachos, y ésa es la causa de que no reine la necesaria cohesión.

Kelly había salido a la plataforma y se apartó para dejar pasar a una linda viajera del tren.

Esta, que al parecer era una conquista fácil, murmuró:

—¡Oh, gracias, señor Kelly!

—¿Sabe usted quién soy?

—No le conocía personalmente, pero he visto su retrato infinidad de veces.

—Si alguna vez me vuelve a ver, ábrase camino por entre la multitud.

—¡Es usted terriblemente simpático!

—¡Ay, niña!

Y ni corto ni perezoso la besó.

Ella, aturdida, entró en el vagón, y Jim Kelly quedó contoneándose:

—¡Decididamente soy un as! ¡Las sugestiono!

Volvió a su departamento y encontró a María que acompañaba también a su padre en la *tournee*. La muchacha lloraba...

—¿Qué te pasa, María?

Ella, que había presenciado el beso dado a la desconocida, contestó:

—Lo he visto todo, Jim, ¿por qué eres así?

—Pero, ¿qué has visto, mujer? ¡Ah, no seas tonta!... Aquella muchacha me estaba enseñando una muela que dice le dolía...

Y con unas palabritas de miel, endulzó el amargor del corazón de ella.

Luego se despidió para ir al *sleeping*.

En su mismo departamento dormía el pequeño Fichin que antes de acostarse rezó:

—¡Oh, señor Dios, permite que mañana los de Nueva York ganen el partido y permite que papá Munson gane dos tantos y El Suizo tres, y haz que Jim gane otro partido, y que Dios bendiga a María y yo quiero una bicicleta. Eso es todo señor Dios, amén.

Y se durmió dulcemente...





Dos días después la prensa publicaba noticias de este tenor:

*A los de Nueva York les perjudicaba mucho su desunión. Esas luchas entre ellos están comprometiendo el éxito del mejor club de base-ball de la temporada.*

Los jugadores yanquis comentaban en el hotel el sueltecito.

Kelly, orgulloso, se reía de los comentarios de la prensa. Mientras él jugase, no había que temer. Y lo que convenía era dar de baja del club a algunos elementos que ya no servían para nada.

Los otros jugadores se sorprendieron ante sus palabras, y Kelly continuó, desafiador, dirigiéndose ahora particularmente a Munson:

—Y a propósito, Munson, de ahora en adelante yo seré quien dará las señales.

—Yo las he dado en este club durante cinco años — contestó ofendido, el veterano.

—Bueno, pues en los diez venideros los daré yo...

El viejo Munson quedó humillado y todos los demás protestaron por lo bajo contra la impertinencia de Kelly.

Este acababa de salir.

—Un buen batacazo sería un magnífico remedio para esa cabeza llena de viento... — comentaron.

Llegó el entrenador y se indignó al conocer las

palabras de Kelly. ¡El estúpido! ¡Allí quién haría las señales, sería Munson y nadie más!

Al día siguiente debía celebrarse un partido interesante. Todos los jugadores se habían entrenado a la perfección, pero Kelly había brillado por su ausencia. Confiado en sus merecimientos, decía no necesitar de ensayos previos.

El entrenador había reunido a todos los jugadores y al no ver a Kelly, preguntó por él.

—Sabe que mañana va a jugar. Si ha dejado de entrenarse, lo suspenderé...

Poco después entraba en el hotel, Jim Kelly con las huellas innegables de una borrachera de último grado.

María, temerosa de que el entrenador le viera en tal situación, salió a su encuentro, obligándole a entrar en otra habitación.

—Macklin está aquí. ¡Qué no te vea de este modo!

—¡Si viene le contaré un cuento! — respondió burlonamente el mozo.

Y como había bebido demasiado, sintió deseos de imitar a Don Juan Tenorio, y sin más ni más, pretendió abrazar brutalmente a la dulce joven.

Ella pugnó por deshacerse de aquellos brazos, pero Kelly se sentía cada vez más brutal.

Durante la lucha, apareció Munson, el padre de Kelly, que corrió en auxilio de su hija.

Zarandeándole con energía, gritó:

—Deje usted de molestar a María, ¿oye?

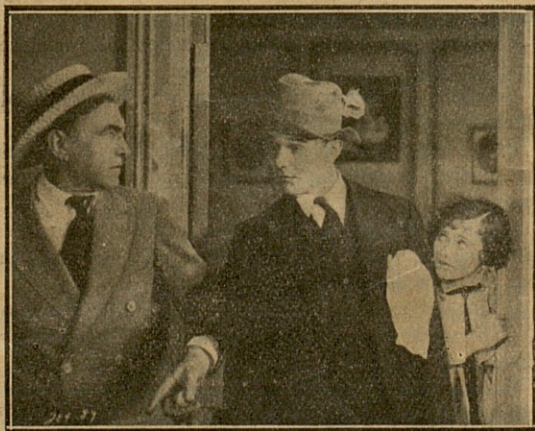
—¡Por Dios, papá, no des un espectáculo! — gimió la joven.



—Oiga, viejo inútil, mejor es que me trate bien — rugió Kelly.

—Le hablo como se merece...

—¡Viejo fósil! Dé usted gracias a mi habilidad



—Oiga, viejo inútil, mejor es que me trate bien...

para jugar. De otra manera ya habría usted perdido su puesto...

—¿Qué quiere usted decir?

—Sólo por caridad mía, se sostiene usted. Macklin no lo ha despedido por mí...

Y comenzó a reirse indignamente del veterano jugador.

Al rumor de la disputa, acudieron los otros jugadores y Macklin.

El entrenador contempló furioso a Kelly viéndole borracho. Pero su indignación subió de punto, cuando Munson le dijo que no quería jugar más. Y le explicó las palabras vertidas por Kelly.

—¡Ah, fanfarrón! — rugió Macklin—. Usted queda suspendido indefinidamente, Kelly.

—¡Así está el puente de Brooklyn desde hace muchos años — contestó Kelly, riendo.

—¡Fanfarrón! ¡Grosero!

Los jugadores se apartaron de él, enfurecidos por las palabras insultantes dirigidas contra su amigo Munson. María con su padre se retiró, llorando...

El Suizo contemplando a su compañero dijo a Fichín:

—Bueno, Fichín; ahí tienes a tu gran Kelly.

El niño, comprendiendo el insulto de que había sido víctima el inocente Munson, dijo a Kelly:

—Jim, me separo de usted. Prefiero volver a ser un vagabundo y dormir bajo los trenes que ver como sus compañeros le odian.

Kelly se echó a reir, estúpidamente.

Y el pequeñín, con lágrimas en los ojos, viendo la conducta dolorosa de su protector, se marchó con El Suizo.

Al día siguiente celebróse el partido de campeonato, sin la intervención de Kelly.

Munson se negaba a formar parte del equipo.



¡Le habían herido tan profundamente las palabras de Jim Kelly!

—No quiero jugar — dijo al entrenador—. He venido por mis cosas porque me retiro.

—Nuestro club y nuestro juego nacional valen más que todos nosotros juntos, y a ellos debemos sacrificar nuestras diferencias personales.

—Kelly me insultó gravemente.

—No le hagas caso. Kelly no es sino un muchacho necio... Tienes que quedarte, Munson...

Y Munson accedió. Y ganaron el partido... De nada necesitaban a Kelly para triunfar.

Aquella noche, en el hotel, Kelly experimentó la tristeza de la antipatía.

Quiso acercarse a sus compañeros, pero éstos se apartaron de su lado, volviéndole la espalda desdeñosamente.

Y melancólico, con lágrimas en los ojos, Kelly se acercó a María que estaba en un rincón y la dijo, contrito:

—¡María, me creas o no, te importe o no, estoy apenadísimo!

Y había tal dolor en su expresión, que ella le respondió:

—Así lo creo, Jim, por tu propio bien...

—Me arrepiento de todo. ¿Me perdonas, niña?

Y María, que le adoraba, perdonó...

Pero ¿le perdonarían nunca su padre, sus compañeros?

En días sucesivos, los compañeros prosiguieron mostrándose muy fríamente con Kelly.

Se jugó otro partido que a duras penas pudieron empatar, sin el auxilio de Kelly.

Fichín, entristecido ante la soledad en que se encontraba Kelly, un día le pidió perdón. Y también El Suizo le brindó otra vez su generosa amistad. Pero el orgulloso muchacho se sentía abatido; la generalidad de los jugadores le odiaba.

Pasó una semana...

Se acercaba el partido cumbre del campeonato contra el equipo de San Luis.

Macklin decía, malhumorado, a varios de sus jugadores:

—No podremos resistirles mañana si no contamos con todos nuestros "pitchers".

Munson, que por amor al club había olvidado la ofensa de Kelly, propuso:

—Por favor deje jugar a Kelly; estoy seguro de que lo hará muy bien.

—Pero ¿y nuestra dignidad?

—Olvidaré su ofensa. Para mí el club de mis amores está por encima de mis sentimientos.

—Sea, pues, ya que tú lo quieres... Que juegue mañana Kelly...

Locos de alegría, El Suizo y Fichín se dirigieron a telefonar a Kelly la buena noticia.

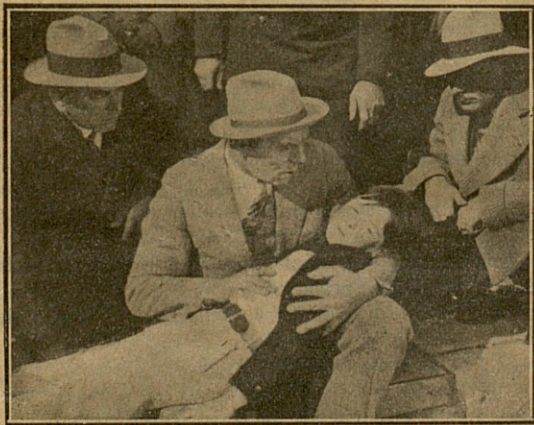
Estuvo El Suizo más de media hora tratando de recordar si el número del teléfono de Kelly era 314 Central o Central 314.

No sabiendo qué hacer, optó por ir a avisarle personalmente. Fichín que estaba impaciente por comunicar a su amigo la buena nueva, montó en una



bicicleta que pocos días antes le había regalado El Suizo y salió velozmente hacia la casa de Kelly.

La fatalidad vino a truncar su propósito. Jubilo-



—¡Fichín... Fichín...! ¡Pobrecito!

so el muchacho, cayó de la bicicleta yendo a chocar violentamente contra un árbol. El niño quedó desvanecido.

El Suizo, que había subido a un coche para llegar antes, presenció el accidente y cogió en brazos al pequeño.

—¡Fichín, Fichín! ¡Pobrecito!

Lo llevaron a una clínica. Desgraciadamente, el niño estaba gravísimo.

Al conocerse, poco después, entre los jugadores, la noticia de la herida de Fichín, la consternación fue enorme.

Kelly estaba desesperado. Su tristeza disminuía el contento que le produjo la autorización para jugar...

Llegó la tarde del gran día del partido.

Kelly, en el vestuario, estaba desolado. Sus compañeros habían olvidado ya su animosidad contra él y le brindaron amistosamente su afecto. El antiguo vanidoso estrechó muchas manos y solicitó el perdón de Munson que, sin rencor, se lo otorgó de buen grado. Kelly estaba dispuesto a matar su orgullo.

—Munson, usted es un gran hombre! — le dijo—. ¡Perdóneme la ofensa!

—¡Olvidémosla ya!

—¡Ah, yo soy la causa de que Fichín esté tan grave!... Si muriera...

Iba a comenzar el partido.

Antes telefonaron a la clínica pidiendo detalles sobre el estado del pobrecito niño, herido gravemente en la cabeza.

—Está muy mal — contestó una enfermera—; mucho...

Un gran dolor se apoderó de Kelly... Iba a jugar, apático, con unas ansias enormes de llorar, de sufrir solo...

¡Pobre niño! ¡Por haberle querido avisar a él la buena nueva, tal vez se muriese!



El entrenador, que no quería rencores entre sus equipiers, le dijo, animándole:

—Jim, usted va a jugar para vencer, por Nueva York y... ¡por Fichín!

—Macklin, yo no sé cómo... pero lo haré...

Y dióse la voz de juego. Los de San Luis atacaron con furia, sin temor a la reaparición del famoso Kelly.

El equipo de Nueva York se defendía bien y Kelly paraba todas las pelotas. Pero las lágrimas inundaban sus ojos... Pensaba que en aquellos instantes tal vez hubiese muerto el muchachito.

El entrenador comentó con algunos amigos:

—¡Ay, Kelly permanece en su puesto, gracias a la ayuda que le han prestado sus compañeros... pero no es el mismo de antes!

Los de San Luis avanzaron y en una serie de bonitas combinaciones marcaron tanto.

El desaliento comenzaba a cundir en las filas de los de Nueva York. Kelly se sentía inutilizado.

Y de pronto, durante un descanso, Kelly vió algo que le animó súbitamente. Acababa de ver entrar en un cochecito a Fichín cuyo rostro aparecía encuadrado por vendajes. Iba acompañado de una enfermera y de María.

El niño había querido presenciar el partido, animar con su presencia al jugador.

Kelly cambió súbitamente de expresión. ¡Oh, Fichín estaba allí, y ya no se moriría!

Y al reanudarse el partido comenzó a jugar con un entusiasmo delirante, después de sonreír a María y al niño...

El pequeño rezaba dulcemente por la victoria de su protector:

—¡Soy yo, Fichín, señor Dios, yo soy que te pido que Kelly le dé aunque sea un golpecito a la pelota!

Y Dios escuchó sus palabras.

La victoria se decidió finalmente por el equipo de Nueva York, triunfando por dos a uno contra el de San Luis.

El entusiasmo se apoderó de Kelly y de sus compañeros.

Kelly, satisfecho y jovial, corrió a saludar a María y al niño.

—¡Bravo, Kelly — le dijo María—; ahora sí que eres un gran hombre!

—¡Gracias, María, gracias! Ya nunca tendréis en mí al compañero engreído de su triunfo personal, sino al camarada bueno, atento al interés del club, y que no quiere mermar glorias ajenas... Desde hoy cuanto tuve de orgulloso lo seré de dócil. ¿Me rehabilitaré ante tus ojos, María?

—¡Oh, Kelly!

Pero ya venían los otros jugadores a llevarle en triunfo. Fichín le sonrió con alegría. El niño se sentía mejor. La victoria le devolvía la salud.

Y Kelly se fué alejando, llevado en hombros por sus compañeros, mientras sus ojos seguían con dulce cariño a María, la niña buena que haría su felicidad.

FIN



8. 19-26/8

**Próximo número:**

La deliciosa novela

**UN IDILIO EN EL METRO**

por la gentil DOROTHY MACKAIL  
y el simpático artista JACK MULHALL

Pida usted a su librero

**BEN-HUR**

Por Ramón Novarro

Formidable asunto publicado en las selectas  
EDICIONES ESPECIALES de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

Argumento narrado por Francisco-Mario BISTAGNE y Andrés BAYÓN

**EN BREVE:**

**El Demonio y la Carne**

en las «Ediciones Especiales»  
de **LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

y

**LECCIONES DE LA VIDA**

en la BIBLIOTECA «NUESTRO CORAZÓN»



Ediciones  
BISTAGNE